

Homenaje a Gregorio Rodríguez Cabrero

**Las políticas sociales en el siglo XXI.
Progresando hacia sociedades más inclusivas**

Vicente Marbán Gallego (coordinador)
Ana Arriba González de Durana
Concepción Carrasco Carpio
Luis Mancha San Esteban



Universidad
de Alcalá

EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© De los textos: sus autores.
© De las imágenes: sus autores.
© Editorial Universidad de Alcalá, 2025
Plaza de San Diego, s/n
28801 Alcalá de Henares
www.uah.es

I.S.B.N. (electrónico): 978-84-10432-90-1

I.S.B.N. (papel): 978-84-10432-31-4

Depósito legal: M-25574-2025

Composición: Solana e Hijos, A. G., S.A.U.

Impresión y encuadernación: Solana e Hijos, A.G., S.A.U.

Impreso en España

PRÓLOGO

GREGORIO RODRÍGUEZ CABRERO, EL INVESTIGADOR, EL DOCENTE, EL AMIGO

Gregorio Rodríguez Cabrero es uno de los principales precursores de la Política Social en España sobre la cual, para satisfacción de la comunidad científica, continúa construyendo de manera lúcida su trayectoria académica e intelectual.

Quienes le consideramos nuestro maestro y mentor, sabemos de su trayectoria intelectual, rigurosa, interdisciplinar, europeísta y comprometida con la defensa del Estado de Bienestar y los derechos sociales. En sus propias palabras: *«lo público es algo a defender, proteger y ampliar.... comprender críticamente las políticas sociales y formular propuestas de reforma o mejora en el campo de los derechos sociales... contribuir a reforzar la esfera pública (Estado) y privada social (Tercer Sector)»*.

Su formación en Derecho y Ciencias Políticas, Economía y Sociología y su estancia en Inglaterra le han permitido construir una trayectoria de investigación basada en la interdisciplinariedad y la historiografía social e institucional, en la visión comparada de las políticas y en la interrelación entre los principales actores sociales e institucionales de un esquema pluralista de bienestar (el sistema de mercado, Estado de Bienestar, la sociedad civil y el Tercer Sector y las familias).

Durante su prolífica carrera académica sigue siendo testigo directo del apogeo y desarrollo de las políticas sociales y de la consagración y reestructuración permanente o *permanencia defensiva* del Estado de Bienestar en España no solo como un mero analista de la realidad social sino también y, sobre todo, como un científico social muy activo en la construcción de algunas de las políticas sociales contemporáneas más relevantes como las pensiones o los cuidados de larga duración, entre otras. Su obra, inicialmente centrada en la Sociología fiscal o las necesidades sociales y el Estado de Bienestar, se ha ido completando con líneas de investigación y publicaciones relacionadas muy directamente con la política social como el gasto público social, los programas de garantía de renta, la inclusión activa, la perspectiva sociohistórica

del Estado de Bienestar y su relación con el Modelo Social Europeo o con los sistemas mixtos de protección social (junto a Tercer Sector y Economía social, mercado, familias) o los servicios sociales en un sentido amplio, incluyendo temas relacionados con la drogodependencia, el envejecimiento, la discapacidad, la inmigración y la protección social a la familia e infancia.

En ese camino ha sabido mantener un complejo equilibrio, apelando a Larra, entre *discutir la realidad y asumirla*, entendiendo los cambios sociales, adaptándose a ellos cuando eran irreversibles y discutiéndolos desde dentro con audacia y con fidelidad a dos de sus principios irrenunciables y transversales como son la defensa de lo público y de los derechos sociales y políticos.

El profesor Rodríguez Cabrero también sigue contribuyendo a reforzar el tejido institucional de encuentro y desarrollo profesional e intelectual de un amplio y diverso elenco de personas investigadoras. En la Universidad de Alcalá (UAH), de la que es Catedrático de Sociología desde 1992, ahora profesor Emérito, contribuyó a crear el grupo de investigación en Política social Joaquín Costa-UAH y a consolidar la unidad docente de Sociología. Quienes compartimos docencia con él pudimos constatar su trato afable, respetuoso y, a la vez, exigente con el estudiantado, sustentado en su firme compromiso con la docencia como servicio público. Consiguió fomentar el interés y la curiosidad por la Sociología y la Política Social entre el alumnado de Ciencias Económicas y Empresariales, contribuyendo así a su formación integral y a una comprensión más amplia de las dinámicas sociales en su campo de estudio.

Es uno de los principales impulsores de la Red Española de Política Social y sigue coordinando el grupo español de la European Social Policy Analysis Network sobre evaluación de políticas sociales para la Comisión Europea; continúa contribuyendo a los informes FOESSA o a la transferencia de conocimiento con diversas investigaciones o con su participación en comités científicos de instituciones públicas y privadas, centros de investigación y entidades no lucrativas.

Como científico social sus principales señas de identidad son su intolerancia a la apropiación del esfuerzo ajeno, su perspectiva reflexiva, crítica y, a la vez, tolerante con escuelas de pensamiento no siempre afines y, sobre todo, su humildad intelectual. Como el mismo expresa en la entrevista que introduce este libro: *«a veces valoramos demasiado la capacidad de influencia que tenemos en el diseño de las políticas públicas. Hay que ser más modestos, porque a veces estamos de adorno»*. Esta humildad le hace ser receloso de los dogmatismos y de las lisonjas, como si Cicerón en su «Tratado Lelio o de la amistad» le susurrara al oído que *«ninguna peste hay en las amistades mayor que la adulación o el halago»*.

Como amigos, le dedicamos estas palabras de respeto, que trascienden al halago, compartidas por quienes le apreciamos:

Hay que elegir a aquellas personas resistentes, estables y firmes, un tipo del cual hay gran escasez. La firmeza de la constancia y la seguridad de aquel en quien buscamos la amistad es la confianza: nada que carezca de confianza es firme. Además,

es adecuado elegir a personas sencillas, afables y empáticas, es decir, que tengan los mismos sentimientos, elementos que ayudan todos en su conjunto a establecer la confianza: no se puede confiar en aquel que tiene un carácter cambiante y enrevesado (Cicerón en su Tratado de la amistad).

EL LIBRO

Este libro tiene como objetivo compilar los principios fundamentales de la Política Social en el primer cuarto del siglo XXI y analizar su capacidad transformadora en la construcción de sociedades más inclusivas, para lo cual se aborda una amplia diversidad de temáticas vinculadas a esta disciplina, en su mayoría desarrolladas por nuestro homenajado a lo largo de su prolífica trayectoria científica.

Esta publicación pone de manifiesto que la sociedad del siglo XXI es muy distinta a aquella en la que se originaron los Estados del Bienestar en la segunda mitad del siglo XX. Actualmente, estamos asistiendo a un proceso de lenta transformación e intenso debate sobre cómo reformular las políticas sociales para reducir los índices de pobreza, desigualdad y exclusión social en un sistema de capitalismo postfordista, transnacional y crecientemente financiarizado donde el empleo no garantiza evitar situaciones de pobreza y exclusión social.

Como se puede comprobar de la lectura de este libro, los Estados del Bienestar están afrontando importantes desafíos relacionados con los cambios en las estructuras familiares y el envejecimiento de la población o con procesos como la robotización y la digitalización de la economía, la globalización económica o la transnacionalización del trabajo, cada vez más descomprometidos con la materialización de los derechos sociales. En el marco de lo que se entiende como la gestión pluralista del bienestar, o *Welfare Mix*, estos desafíos involucran, en la actualidad, a una creciente diversidad de actores. Esto genera nuevos debates y consensos en torno al alcance de la responsabilidad del Estado, el mercado, el Tercer Sector y la sociedad civil en la provisión de bienestar y a la necesidad de incorporar modelos de gobernanza participativa y solidaria, como el cooperativismo y la economía social alternativa, que promuevan enfoques más inclusivos y sostenibles.

Las transformaciones sociales y demográficas de las familias y el envejecimiento de la población o, si se prefiere, la «revolución de la longevidad», requieren de un nuevo contrato social sobre el modelo de cuidados que tenga en cuenta la conciliación de la vida privada y profesional y la brecha de género en los ámbitos formal e informal sostenidos, en la actualidad, sobre la deficiente cualificación y calidad en el empleo del sector de cuidados y un insuficiente apoyo y servicios de respiro a las personas cuidadoras, la mayoría mujeres. Relacionado con lo anterior, la soledad no deseada, entendida como un fenómeno multidimensional que se ha visto agravado por los cambios en la composición del hogar o por el debilitamiento de los vínculos comunitarios y un mayor aislamiento social, emerge, junto con el cuidado de la salud

mental, como «nuevos» riesgos sociales que han permanecido ocultos o, más bien, ocultos por otros riesgos sociales más visibles. La atención de estos riesgos sociales, a su vez, deben ser consistentes con un reparto generacional y no competitivo tanto de los recursos públicos como de las responsabilidades institucionales.

Por su parte, la digitalización y la automatización han redefinido el mundo del trabajo, generando nuevas formas de precariedad y desigualdad. Paralelamente, la globalización y la transnacionalización de los flujos migratorios exigen, a su vez políticas más integradoras que garanticen los derechos sociales básicos y más inclusivos.

Estos procesos y transformaciones requieren de sistemas de protección social resilientes y desanclados de modelos pasados, construidos sobre relaciones salariales estables donde el empleo, fundamentalmente del varón como sustentador principal, se conformaban como los principales ejes vertebradores de las políticas sociales. Son necesarios enfoques más integrales e interseccionales que atiendan a las necesidades de distintos colectivos de manera transversal y más personalizada así como una estructura de prestaciones y criterios de elegibilidad más flexibles para adaptarse a esta realidad laboral y a las nuevas formas de exclusión social. En el caso de España, además, hay que afrontar estos desafíos adaptándolos a nuestras particularidades regionales y de régimen mediterráneo de bienestar, influenciado por las tendencias predominantes en el ámbito europeo, especialmente por la lógica socialdemócrata transnacional.

Este contexto precisa, por lo tanto, de un cambio de paradigma en la propia visión de la política social del siglo XXI. Creemos que esta publicación aporta una reflexión crítica y rigurosa sobre cómo repensar esta disciplina y adaptarla a los principales desafíos contemporáneos.

En el libro que el lector tiene entre sus manos han colaborado casi cuarenta personas investigadoras de distintos centros de investigación y universidades españolas y europeas que han publicado o investigado junto a Gregorio Rodríguez Cabrero durante su prolífica trayectoria científica. En el libro «son todos los que están pero no están todos los que son». Durante su elaboración hubo personas que comprometieron su participación pero lamentablemente fallecieron, como nuestros queridos Luis Moreno, Alfonso Ortí, Fidel Ferreras o Jorge Aragón, a quienes recordamos con especial afecto y cuyo legado académico y profesional permanece *ad eternum*. Otras personas no pudieron participar por causas sobrevenidas que no ocultan su profundo aprecio por nuestro homenajeado como Eloísa del Pino, Begoña Pérez Eransus, Olga Salido, Ana Arriba, Manuel Aguilar, Ian Gough, Ángel Zurdo, Mayte Sancho, Enrique Martín Serrano, Antonio González, Antonio Izquierdo o Raquel Martínez Buján*.

El lector podrá iniciar este libro con una exquisita e inédita entrevista conseguida de manera «disimulada» por otro de nuestros ilustres maestros, Manuel Pérez Yruela, en la que el propio homenajeado narra de primera mano su trayectoria académica e intelectual.

* A lo largo del libro se ha tenido en cuenta un lenguaje inclusivo. El uso ocasional del masculino genérico responde exclusivamente a criterios de economía del lenguaje.

Además de esta entrevista, el libro contiene veintiséis capítulos estructurados en 6 bloques y un epílogo. El primer bloque es una introducción a la política social en cuyo capítulo Teresa Montagut y Sebastián Sarasa exploran los factores sociohistóricos e institucionales que han dado forma a los regímenes de bienestar y los desafíos y dilemas de la política social en los comienzos del siglo XXI.

Los capítulos segundo a cuarto conforman un bloque dedicado a las políticas sociales y el Estado de Bienestar en la Unión Europea. En ellos, Jozef Pacolet, Pau Mari-Klose y Luis Moreno (este a título póstumo) y Fernando Casas analizan, respectivamente, la evolución del Estado de Bienestar en la UE, el carácter distintivo del modelo mediterráneo de bienestar, y la fragilidad del modelo social europeo o la implementación del Pilar Europeo de Derechos Sociales.

Los capítulos siguientes (del quinto al séptimo) han sido redactados por Antoni Vilà, Miguel Laparra y la coautoría de Luis Ayala Cañón, Olga Cantó Sánchez y Jesús Ruiz-Huerta Carbonell. Este tercer bloque de capítulos aborda los fundamentos básicos de la política social española de forma multidisciplinar, desde los ámbitos del derecho, la sociología y la economía, respectivamente. Se analizan los fundamentos jurídicos y el proceso de construcción normativa de las políticas públicas relacionadas con los servicios sociales en España, la importancia de los indicadores de pobreza, exclusión social y desigualdad como instrumento para la política social y, por último, la evolución del sistema fiscal y su capacidad redistributiva para reducir la desigualdad.

El siguiente bloque, que comprende los capítulos ocho a catorce, se centra en el análisis del desarrollo e implementación de los principales servicios y prestaciones que sustentan las políticas sociales en España. En particular, las relacionadas con los servicios sociales, la crisis de la vivienda y el sinhogarismo, la salud, los cuidados de larga duración, prestaciones de garantía de ingresos como las pensiones y las prestaciones por desempleo y, finalmente, las políticas activas de empleo. Para ello, contamos con personas expertas en la investigación de estos ámbitos como, siguiendo el orden de los capítulos: Demetrio Casado y Fernando Fantova, Joseba Zalakain, Javier Moreno, Vicente Marbán, David Luque Balbona y Ana M. Guillén, Carlos García Serrano y José María Arranz y, finalmente, Miguel Ángel Malo y María Ángeles Davia.

Los capítulos decimoquinto al vigésimo segundo conforman el quinto bloque del libro, dedicado, por un lado, a las transformaciones y retos sociales relacionados con la longevidad que deberán afrontar las políticas sociales en los próximos años, como el rol de las personas mayores (elaborado por Pilar Rodríguez) y la adaptación del sistema de pensiones de jubilación al envejecimiento de la población (Julia Montserrat). También se abordan retos de carácter transversal e intergeneracional, como la soledad no deseada, analizada por Dolores Puga y Antonio Abellán. Finalmente, este bloque examina los desafíos de las políticas sociales relacionados con la discapacidad (Eduardo Díaz, Agustín Huete y Antonio Jiménez), la familia y la infancia (Pau y Marga Mari Klose), la juventud (Alessandro Gentile), la inmigración (Concepción

Carrasco), o la participación laboral de las mujeres y el reto de la conciliación de la vida laboral y familiar (Inmaculada Cebrián y Gloria Moreno).

A continuación se dedican los capítulos vigésimo tercero y vigésimo cuarto a dos «actores» sociales como el Tercer Sector de Acción social y el entorno comunitario. Germán Jaraiz aborda el papel del Tercer Sector de Acción social en las políticas sociales y su aportación a la formación del actual modelo de *Welfare Mix*. Víctor Renes, por su parte, analiza la importancia del entorno comunitario como dimensión constituyente y necesaria de la política social.

Tras la entrevista a nuestro homenajeado con la que iniciamos este libro, a modo de epílogo literario, cerramos el círculo con dos capítulos en los que recuperamos el protagonismo de su obra. En el capítulo vigésimo quinto, Luis Mancha ilustra y ejemplifica algunos de los análisis de Gregorio Rodríguez Cabrero sobre el Estado de Bienestar, el envejecimiento, los cuidados o la dependencia, entre otros, con personajes concretos de una serie de obras cinematográficas emblemáticas como *El espíritu del 45*, *Los lunes al sol*, *Tiempos Modernos*, o *la Escopeta Nacional*. En el último capítulo, Margarita León, comenta la ponencia del profesor Rodríguez Cabrero sobre la permanente reconstrucción del Estado de Bienestar realizada en el IX Congreso de la Red Española de Política Social celebrado en Palma de Mallorca en octubre de 2023.

Vicente Marbán, Ana Arriba, Concepción Carrasco y Luis Mancha.

LA POLÍTICA SOCIAL EN LA TRAYECTORIA ACADÉMICA E INVESTIGADORA DE GREGORIO RODRÍGUEZ CABRERO

*«He tratado de investigar para comprender críticamente las políticas sociales y para formular propuestas de reforma o mejora en el campo de los derechos sociales»
(Entrevista a Gregorio Rodríguez Cabrero)*

Creo que este titular es el que, entre los muchos que ofrece esta entrevista, resume mejor el faro que ha guiado la dilatada, brillante y fértil carrera académica del trabajo de Gregorio Rodríguez Cabrero. Cuando me invitaron a participar en el libro homenaje que se le iba a hacer, sugerí a sus promotores que mi aportación fuera esta entrevista, que le permitiera ofrecer su relato personal de las razones, motivos y valores que están detrás de esa rigurosa y comprometida trayectoria en defensa de los derechos sociales. Una de las primeras mañanas de la primavera del año 2023 nos citamos en la Residencia de Estudiantes, para tener una larga conversación sobre estos temas, cuyo contenido se resume en estas páginas.

Manuel Pérez Yruela

MPY: Nos conocimos en el Colegio Mayor Pío XII, en el que los dos estuvimos, siendo becarios del entonces llamado Patronato de Igualdad de Oportunidades (PIO). Era una residencia singular por varios motivos: por su relación con lo que entonces podía llamarse la pseudodemocracia cristiana dentro del franquismo; por su relación con la sociología a través del Instituto Social León XIII¹, creado por la Iglesia,

¹ El Instituto Social León XIII lo creó el Vaticano el 24 de agosto de 1950, como Centro de Estudios Superiores en Ciencias Sociales, para promover la investigación y la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia. El 15 de agosto de 1964, lo elevó a la categoría de Facultad Universitaria quedando vinculada académicamente a la Universidad Pontificia de Salamanca. El Colegio Mayor Pío XII lo creó Ángel Herrera Oria en 1961. En 1968 se creó la Fundación Pablo VI, que incluyó al colegio como parte de ella y en 1971 convirtió el Instituto Social León XIII en Facultad de Ciencias Sociales y en 1976 en Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, a la que el Ministerio de Educación y Ciencia reconoció los efectos civiles de sus

que fue reconocido como facultad de Ciencia Política y Sociología en 1975; por la abundancia que había de compañeros relacionados de forma directa o indirecta con la lucha antifranquista, razón por lo que una vez entró en el colegio la policía nacional para buscar propaganda política prohibida por la dictadura; por la variedad tan rica que había de actividades culturales y debates políticos; y por las pluralidad de pensamiento que había entre nosotros y la variedad de disciplinas académicas que estudiábamos. ¿Qué te llevó hasta ese Colegio Mayor? ¿Qué recuerdos relevantes tienes de los años que pasaste allí? ¿Cómo influyó en ti esta etapa de tu formación? GRC: Yo llegué allí casi por casualidad. A través de un amigo que ya residía allí entré en el colegio Pío XII, sin saber cuál era el perfil que tenía. Creo que si hubiera caído en otro colegio mayor la experiencia seguramente hubiera sido diferente. Pero dicho esto, tengo un recuerdo muy positivo. Yo residí en el Colegio Mayor Pío XII entre los finales años 60 y los primeros años 70. Era un momento histórico en el que el país bullía, se estaba produciendo una acelerada modernización económica del capitalismo español, cambios profundos en la estructura social y la vida cultural, por último, en el horizonte mediato se atisbaba la transición hacia la democracia y la integración en la Comunidad Económica Europea (hoy Unión Europea).

Para mí, la convivencia en el colegio con alumnos de diferentes carreras y saberes fue muy importante, muy positiva; lo mismo que las conferencias que se organizaban, como las del profesor Ruiz-Giménez y otros intelectuales del entorno de Cuadernos para el Diálogo, politólogos y economistas. Los escuchábamos con admiración, pero es verdad que algunas veces se nos antojaban limitados. La censura y autocensura eran una realidad. Había prisa, teníamos mucha prisa en querer cambiar las cosas. Por una parte, veíamos que el país iba hacia otra dirección, la democracia, por otra parte, teníamos miedo de que el país fuera para atrás. Bueno, como diría Spinoza, eran tiempos de «esperanza con temor».

Tengo un recuerdo especial de la biblioteca del Instituto Social León XIII. Yo me formé ahí en parte, en esa biblioteca. El acceso libre a la misma me permitió, de una manera extraordinaria, empezar a leer de todo sin guía, casi de manera autodidacta.

Al final, mi paso por el Pío XII fue un periodo de tiempo especialmente fructífero para mí en su más amplio sentido, humano y formativo. Resumo en tres los recuerdos que guardo: compañeros muy activos y preocupados por el futuro del país, ciclos de conferencias interesantes sobre los más diversos campos del saber y los complementos del cine club, la lectura de libros y los debates y discusiones entre nosotros sobre cultura, deportes y política.

MPY: Pertenecemos a la segunda generación de sociólogos que llegan a la sociología procedentes de estudios de otras materias, ya que no había entonces facultad

de Sociología en las universidades públicas. ¿Cuáles fueron tus motivaciones para tomar ese camino? ¿Qué pasos diste para empezar a transitarlo? ¿Quiénes influyeron en ti para hacerlo?

GRC: Mis primeros contactos con la sociología fueron puntuales. El primero, fue un contacto muy puntual en la asignatura de sociología, con el profesor Salustiano del Campo, en la Facultad de Ciencias Políticas de la UCM, una introducción general. El segundo contacto, peculiar en sí mismo, fue a través de la asignatura de Hacienda Pública en la Facultad de Derecho de la UCM, donde conocí la existencia de la sociología financiera y fiscal a través de autores como Puviani, Fasiani y Pantaleoni, entre otros. A mi aquello me deslumbró, porque ya me venía rondando entonces la idea de la importancia del Estado Social, la protección social y la financiación del Estado. Usuario de los servicios públicos, sanidad y educación, en este caso como becario, para mí lo público era algo a defender, proteger y ampliar. Mi trayectoria vital se posicionaba con claridad en defensa del entonces muy limitado sistema de protección social que se acelera en España a partir de 1963. Aquel contacto con la sociología financiera y fiscal, de cómo se financia el Estado, la resistencia al pago de impuestos, la elusión fiscal y el impacto del gasto público, sobre todo el de carácter social, fue una oportunidad de acceso a un área de conocimiento muy próxima a mis intereses, fue un momento no diría que mágico, pero sí un importante descubrimiento. La asignatura la impartía por entonces Álvaro Rodríguez Bereijo (en la cátedra del profesor Sainz de Bujanda), con quien entablé una relación que continuamos en la Universidad Autónoma de Madrid. Formó parte de mi Tribunal de Tesis. Posteriormente fue presidente del Tribunal Constitucional. El hizo la traducción e introducción al libro de Puviani *Teoría de la Ilusión Financiera*, que publicó en 1972 en el Instituto de Estudios Fiscales.

Paralelamente a mis estudios de Derecho y Ciencias Políticas, simultanéé los de ciencias económicas en la Universidad Autónoma de Madrid. En el segundo ciclo tenía que elegir una especialidad entre las que había: Contabilidad, Teoría Económica, Métodos cuantitativos, Sociología Económica; no recuerdo ahora si alguna más. Elegí Sociología Económica y fue entonces cuando se produjo mi contacto formativo más importante con la sociología durante dos años. Dirigía entonces el Departamento de Sociología el profesor José Jiménez Blanco. Allí eran docentes Francisco Murillo, Miguel Beltrán, José Juan Toharia, Manuel García Ferrando, Rafael López Pintor, Eduardo López Aranguren, Juan Díez Nicolás y María Ángeles Durán, entre otros. Ese segundo ciclo, de dos años de duración, no era como una carrera de sociología, pero por aquel entonces, que aún no había Facultad de Sociología, no era poca cosa. En realidad, este segundo ciclo sería equivalente a un master actual. Además, el número de estudiantes de la especialidad era muy pequeño, lo que permitía una atención muy personalizada. Allí me introduje al conocimiento de la teoría sociológica, métodos y técnicas de investigación, estructura social, cambio social, antropología social, sociología política y sociología económica, entre otras.

Viví esta etapa de formación en un clima cultural universitario de gran estímulo para el conocimiento social, muchas dosis de debate híper-radicalizado y, también,

de poco tiempo dedicado a ordenar y asimilar conocimientos. Mucha prisa por ampliar el conocimiento y, sobre todo, porque se acelerará el cambio político, aunque no se sabía bien en qué dirección, salvo lo fundamental: cambio democrático, integración en la CEE y lucha contra la desigualdad. En cierto modo, la sociología, pensábamos una parte de mi generación, debía servir para lograr esos fines. Lo que no dejaba de ser en exceso pretencioso visto desde hoy, por la propia limitación de las ciencias sociales, entre ellas la sociología. La pugna entre los enfoques de transformar el mundo (Marx), comprenderlo (Weber) u ordenarlo (Parsons), formaban parte del debate en aquellos muy primeros años setenta, ajenos aún al cambio profundo que se avecinaba en el modelo de capitalismo de postguerra del periodo 1945-1973.

Cuando finalicé mis estudios de licenciatura tuve las inevitables dudas de qué hacer y dónde. Como otros compañeros y amigos de generación iba «zarandeado», como afirmaría Séneca, por la realidad social, pero con poca capacidad de «navegación» o pilotaje para saber dónde dirigirme, a pesar de que los vientos eran generacionalmente favorables.

Esto empezó a cambiar progresivamente durante mi segundo período formativo, durante los años 1973-1976, en el Departamento de Sociología de la UAM, en donde entré como becario con el apoyo de los profesores José Jiménez Blanco y Miguel Beltrán. Fue la fase predoctoral, en la que seguí los cursos de doctorado en economía, en compañía de colegas posteriormente ilustres en el campo de la economía, como David Anisi.

La formación de postgrado en la facultad de económicas, con profesores como Tamames, Lasuen, García Bermejo o Murillo, se complementó con gran fortuna con la que recibí en el Instituto de Estudios Fiscales, donde logré una beca para un curso de formación de un año, que se amplió a dos. Lo dirigía entonces el profesor Fuentes Quintana, posterior vicepresidente económico en el gobierno que emergió de las primeras elecciones democráticas en junio de 1977. Éramos diez becarios que recibimos cursos monográficos de teoría económica (Julio Segura), estructura económica (José L. Sampedro) y sociología fiscal (José García López, que iniciaba la realización y publicación de encuestas con Francisco Alvira sobre el sentimiento del consumidor y el contribuyente, que continuarían después en la Confederación de las cajas de ahorro. El IEF organizaba ciclos de conferencias sobre historia económica del siglo XIX, impartidas por Josep Fontana y Gabriel Tortella. Conté además con el apoyo de la magnífica biblioteca del IEF, la mejor de entonces en estas materias, donde estudiar con calma toda la larga tradición de la sociología fiscal y financiera italiana y alemana. De manera progresiva, el acopio de materiales de conocimiento, de manera un tanto desordenada, me fue abriendo el camino a una elección más precisa de lo que quería hacer.

El profesor Murillo, maestro de varias generaciones de politólogos y sociólogos en el marco de la llamada coloquialmente «escuela mudéjar», era muy paciente y me sugería cómo poner orden en las variadas motivaciones que se me agolpaban, no siempre guiadas por la racionalidad sino por las modas predominantes, que tendían

a excluir la lectura de autores clásicos, sobre todo si eran calificados a priori como conservadores.

Hay veces, sobre esta etapa de mi formación, que me he preguntado, si perdí demasiado tiempo por la dispersión que tenía. Me he dado una respuesta. Sí y no. Sí, porque de haber evitado la dispersión hubiera estado más centrado en mi tesis y en todo lo que tenía que hacer para su avance y cierre. Pero no perdí tiempo en cuanto que esa dispersión fue para mí una gran experiencia de apertura y enriquecimiento. Algunos de mis profesores (Murillo, García López...) me aconsejaban incluso que hiciera una oposición a algún alto cuerpo de la administración pública, lo que hicieron todos mis compañeros de aquel curso en el IEF, pero decidí continuar por la ruta de la vida académica que constituía mi interés.

Aquellos años, ya casi inmersos en la transición política, 1974-1976, fueron años en los que se desarrolló el movimiento de profesores no numerarios (los llamados PNN), en el que participé junto con compañeros de la UAM y UCM, en la doble reivindicación de la mejora de las condiciones laborales y de la democracia. Era un contexto de amplias movilizaciones estudiantiles y obreras en España, en el que los debates políticos fueron muy intensos, también a veces confusos y de corto plazo, sin tener en cuenta las tendencias profundas de cambio que se avecinaban en el modelo keynesiano-fordista de producción y consumo. La mirada, casi inevitablemente, era al interior de nuestro país, casi ciega al exterior.

MPY: Durante los años que estuvimos en la universidad tuvo lugar el movimiento social de «mayo del 68», del que en España nos enteramos con no pocas dificultades, pero pese a ello también acabó influyendo en nuestra sociedad, especialmente en los que por entonces éramos jóvenes. ¿Qué recuerdos tienes de él? ¿Llegó a influir en España de alguna manera y en ti en particular?

GRC: En su momento lo viví, como gran parte de nuestra generación, como una utopía posible, no necesariamente probable. Visto desde hoy, con la perspectiva del tiempo histórico, el Mayo del 68 fue, paradójicamente, un movimiento falsamente utópico a la vez que un movimiento de cambio real. Se produjo en el momento en el que los 30 años gloriosos de la postguerra de Europa llegaban a su fin. El sistema capitalista estaba empezando a reorganizar su sistema de producción y a reconfigurar el papel interventor del Estado. Fue como un acto reflejo, defensivo, de una generación que de alguna manera intuía que aquello iba a cambiar, pero no en la dirección esperada, la de la reacción neoliberal posterior paralelamente a la mutación del sistema económico y el cambio técnico en una nueva fase de la mundialización. Fue un momento en cierto modo de ensoñación política, pero también de cambio cultural. Por ello también reflejó una colisión entre los movimientos culturales o contraculturales y la tradición del sindicalismo obrero. El mayo del 68 transitó en poco tiempo de la utopía o, mejor, de la ensoñación, al realismo del «no hay alternativa» o cierre ideológico del futuro.

De la generación universitaria del 68, que es la nuestra, una vez pasada la transición política en España entre 1975-1978, una parte se acomodó claramente al nuevo

realismo, incluso siendo gestores del nuevo sistema económico e institucional. Otra parte, cayó en la melancolía al no poder acelerar la historia ante el nuevo realismo emergente, el también llamado aquí «desencanto». Otros, como puede ser mi caso y el de otros entre los que tú estás y otros colegas de las ciencias sociales, hemos tratado a nuestra manera de asumir la realidad del nuevo sistema de capitalismo postfordista, entreverado con un progresivo conservadurismo moral reactivo a los cambios socioculturales, analizando los cambios que se producen en el sistema de producción y consumo de un capitalismo globalizado y situarlos en perspectiva histórica, lejos del falso fin de la historia. Y desde esta comprensión ofrecer miradas alternativas progresivas en la economía y la política que no sean simplemente realistas. Este juicio no deja de ser un tanto esquemático de lo que ha sido una vivencia generacional compleja y con no pocas ambivalencias.

Dicho de otra manera, a nivel general, tal como lo veo, la reforma social o la relación entre capitalismo y democracia, en la segunda fase de mi formación, tomaba un nuevo giro con este cambio histórico que dura ya medio siglo (1973-2024). Para continuar la senda de la reforma social, algunos entendíamos, de manera confusa, tentativa, que había que hacer una triple operación: primero, entender por qué y cómo se ha producido ese cambio que de manera reduccionista denominamos como capitalismo neoliberal; segundo, adaptarnos a él, ver cómo poder analizarlo o discutirlo - como decía Larra la realidad se la discute o se la asume-; y tercero, ver cómo podemos en ese contexto defender los derechos sociales y políticos que se han logrado a lo largo de muchas décadas y cómo se pueden ampliar y reforzar.

Durante los finales años 60 y primeros 70 el marxismo era un marco explicativo de casi todo para una parte de la sociología. La misma sociología española, visto desde hoy, se dividía falsamente entre Funcionalismo y Dialéctica. Esa fractura llegaba a los más jóvenes de manera hiper-radicalizada, de manera que todo lo que salía de aquel marco de análisis no tenía sentido. Era una división artificial. Eso nos llevó a algunos a leer tardíamente a diferentes autores, tanto clásicos o contemporáneos, de obligada lectura para comprender los debates y desarrollos de la cuestión social con mirada amplia, que conducen, por ejemplo, a la construcción del Estado Social y, posteriormente, al Estado de Bienestar. También me hubiera gustado haber leído entonces autores que trataban sobre la protección social, el Estado de Bienestar, la inclusión social y los conflictos redistributivos, que era lo que a mí me interesaba. O haber leído con mayor detalle a Raymond Aron, una mente luminosa, para explicar parte de la realidad social contemporánea que, como era conservador, fue duramente atacado durante el mayo del 68. A Durkheim si lo leí entonces con mayor detenimiento, porque trataba de la exclusión e integración social y la defensa del Estado Social en el período de la segunda fase de la reforma social de finales del XIX y primeros años del siglo XX. La lectura de los trabajos de Touraine contribuía, en mi opinión, a enlazar diferentes puntos de vista de manera omnicompreensiva.

MPY: Al hilo de lo que estamos hablando, se me ocurre preguntarte por CEISA (Centro de Enseñanza e Investigación, Sociedad Anónima), que surgió para continuar en una institución privada unos cursos de sociología que, a petición de los alumnos, autorizó la Universidad Complutense en 1962, que duraron poco más de un año porque el gobierno los suprimió. Como ha dejado escrito José Vidal Beneyto, que fue el promotor de esa institución, en ella colaboraron profesores entonces tan interesantes y de referencia para nosotros, como Aranguren, Tierno, Sampedro, Ollero, Truyol, acompañados de otros más jóvenes como Luis Angel Rojo, Elías Díaz, Raúl Morodo, Ramón Tamames, Luis García San Miguel, Jesús Ibáñez, Antonio Colodrón, Alfonso Ortí, Pablo Canto, Ángel de Lucas, Carlos Moya, Salvador Giner, Víctor Pérez Díaz, Mario Gaviria, Manuel Castells, Ignacio Sotelo, José Jiménez Blanco, Esteban Piniella de las Heras, Jordi Borja, Ignacio Fernández de Castro. Tampoco duró mucho, porque el gobierno la cerró en 1965, casi recién fundada. Aun así, sus promotores no tiraron la toalla y continuaron con la llamada Escuela Crítica de Ciencias Sociales, que también a los dos años la cerró el gobierno. A algunos de ellos hasta les costó el destierro (Aranguren, Tierno y García Calvo) y a otros la separación de sus cátedras en la universidad (Montero Díaz y Aguilar Navarro) ¿Qué tiempos aquellos, no?

GRC: Mi relación directa con este importante proyecto fue tangencial, pero no quiere decir que no lo siguiera. Muchos de los profesores que mencionas los seguía a través de sus publicaciones (caso de Sampedro, Tamames, Elías Díaz, Castells, Gaviria, Moya, Giner y Pérez Díaz). Cuando ese proyecto se cerró definitivamente yo estaba en los primeros años de mi carrera y alejado del núcleo central de la sociología, tanto la institucionalizada como la desarrollada al margen de las estructuras académicas. Creo que este «movimiento sociológico» en torno a CEISA y a la Escuela Crítica fue muy importante para el desarrollo de la conciencia sociológica y la crítica social rigurosa. Para el país, España, CEISA contribuyó a que un grupo de intelectuales o científicos sociales de variados orígenes compartieran un espacio institucional de saberes complementarios en el que se apostaba por un país democrático, desarrollado socialmente e integrado en Europa. Para la sociología fue un momento de iniciativas creativas para que el conocimiento sociológico de la sociedad española ayudara a esos cambios. Los Informes FOESSA I y II forman parte de este giro de visibilidad e incidencia de la sociología española. La Escuela de Sociología de la Universidad Complutense, en la que tu estudiaste, que fue el primer centro público de enseñanza de la sociología, junto con CEISA, fueron los únicos centros donde se podía estudiar sociología, antes de la apertura de la primera licenciatura en sociología en la UCM en 1972 y del segundo ciclo de sociología económica en la UAM.

CEISA, además, sirvió para abrir debates interesantes como, por ejemplo, el de la importancia de la metodología cualitativa, junto a la de tipo cuantitativo, para el análisis de las motivaciones sociales en el ámbito del consumo y la política. También sobre el papel que la sociología y las ciencias sociales podrían tener para la democratización y la modernización de España. Fue un movimiento interdisciplinar, con profesores tan importantes como los que has citado. Me interesó desde el primer

momento la aproximación cualitativa, sobre todo en su dimensión histórico-social y de comprensión general. La sociología, la interpretación de la sociedad, necesita de una visión global, que se puede y se debe especializar, pero necesita integrar esas especialidades en una visión, en una interpretación general. Integrar y hacer compatibles la mirada general histórica e institucional con el análisis concreto han sido fundamentales en mi campo de trabajo de la sociología de la política social.

Permíteme que recuerde en este momento al amigo común que tenemos y hemos perdido a finales de 2023, Alfonso Ortí, que formaba parte de ese grupo de profesores de CEISA que has evocado. Por cierto, sus primeros estudios de sociología los hizo en el Instituto Social León XIII. Aunque antes había oído hablar de él y leído trabajos suyos sobre Costa, lo conocí personalmente en la Universidad Autónoma de Madrid. Él llegó en el otoño de 1976, justo cuando yo me iba al Reino Unido. Estrechamos la relación a mi vuelta a partir del otoño de 1978. Ha sido uno de los profesores que ha dejado huella en muchos de nosotros por su calidad humana y su compromiso con el conocimiento sociológico y el desarrollo de las técnicas y prácticas cualitativas. En mi opinión es uno de los sociólogos más relevantes de la Sociología histórica en España. Sus trabajos sobre modernización social, económica y política de España y estudios sobre consumo subyacen a los trabajos de muchos de nosotros.

MPY: Me acabas de recordar tu paso por Inglaterra, donde coincidimos como becarios de la Fundación Juan March. ¿Cómo llegaste allí y qué significó la estancia en Inglaterra para tu formación como sociólogo?

GRC: Para mí, el zarandeo al que me he referido antes se convirtió en «navegación pilotada» a partir de mi estancia en Inglaterra durante los años 1976-1978, mi tercer periodo de formación, donde coincidimos Juan Salcedo, Ángel Zaragoza, tú y yo, en la Universidad de Lancaster, donde Salvador Giner era nuestro supervisor. Después, en el curso 1977-78, nos trasladamos, siguiendo a Salvador Giner, a la actual West London University, por entonces Brunel University. Todos nosotros éramos becarios de la Fundación Juan March.

Yo tenía intención de ir al extranjero un año más tarde, una vez hubiera terminado mi tesis en España y puesto al día el inglés, pero mi salida se precipitó. Había una convocatoria de becas de la Fundación Juan March y el profesor Jiménez Blanco me animó a solicitarla. Él me sugirió que fuera a trabajar con el profesor Giner.

La estancia en Inglaterra me proporcionó dos valores añadidos. Por un lado, un conocimiento más profundo de la teoría sociológica, de la mano del profesor Giner. Recuerdo los seminarios que teníamos sobre autores clásicos, Durkheim, Weber, Simmel, Tonniës y hasta Gumplowicz, que no sé cuántos sociólogos lo habrán leído. Por otro lado, yo empecé a abrir mi campo de preocupaciones más allá de los clásicos de la sociología, profundizando en los temas que empezaron a interesarme durante mi segunda etapa de formación en España, de los que antes te he hablado: la sociología de la política social, que enlazaban con el trabajo de mi tesis sobre las funciones del Estado en España y el gasto público social durante la década de los

años 60. Más por mi cuenta que por sugerencia o imperativo de Salvador Giner me fui adentrando en el conocimiento de los análisis de economía política y política social, muy en boga en los finales años 70, justo cuando el modelo fordista de crecimiento había topado con sus límites -crisis de 1973 como primer aviso- y la relación entre capitalismo avanzado y democracia, mediada por el Estado de Bienestar, se inclinaba a una redefinición del papel del sistema de mercado y del Estado de Bienestar. Para ello me encerré en la biblioteca y empecé a leer todo lo que caía en mis manos sobre estos temas, en revistas como *Social Policy & Administration*, *New Left Review*, varias revistas sobre seguridad social y otros muchos textos. Tuve la oportunidad de conocer a los mejores estudiosos de la política social, mi verdadero y definitivo campo de interés investigador que, por entonces, se encontraban en la Universidad de Manchester, en particular el profesor Ian Gough con el que hasta hoy he mantenido una relación intermitente en los temas de política social – traduje a español e hice un estudio introductorio de su libro *The political economy of the welfare state* (1979). Como te he dicho antes, mi etapa en Inglaterra me permitió pasar definitivamente de estar zarandeado a dirigir la nave de mis intereses de conocimiento social. Al mismo tiempo que se me abrían nuevos horizontes culturales en un país con desarrollos contraculturales tan activos.

MPY: ¿Cómo ha sido el camino de tu carrera académica hasta llegar a la cátedra de sociología de la Universidad de Alcalá?

GRC: Con el bagaje de conocimientos y experiencias que te acabo de contar, volví a España en el otoño de 1978, y me incorporé de nuevo al Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). En Inglaterra mi proyecto de investigación en materia de política social lo hice en gran medida por libre. A mi vuelta, en España, la investigación en políticas sociales estaba empezando su despegue, estimulada por la expansión del Estado de Bienestar a partir del Pacto de la Moncloa en 1977 y, sobre todo, de la aprobación de la Constitución Española de 1978. Cuando volví, empecé a establecer contactos con centros de investigación, organismos públicos y ONG relacionadas con la política social. Fui creando la red de contactos en que he apoyado mi trabajo de investigación desde entonces hasta la actualidad. Entre el otoño de 1978 y el verano de 1982 simultanéé la dedicación como «profesor encargado de curso» con el trabajo en la consultora «Invéntica 70», en donde con el apoyo de su director avancé en el conocimiento que exige el oficio del investigador social.

Defendí mi tesis en 1978 sobre gasto público social bajo el franquismo tardío, dirigida, como antes dije, por el profesor Murillo y accedí a profesor titular por oposición en 1982, una de las últimas oposiciones «nacionales» que se celebraron, entonces se denominaba «profesor adjunto». Creo que fue la penúltima oposición que hubo de este tipo antes de que se produjera la expansión de los profesores titulares a partir de la Ley de Reforma Universitaria de 1984. En aquella oposición compitieron los que pueden ser considerados miembros de la segunda generación de sociólogos y sociólogas como, por ejemplo, Jesús de Miguel, José E. Rodríguez Ibáñez, José